

estaba para servir al divino huésped, y no necesitaba de otro velo ni defensa que su virtud, sin que ningun pensamiento impuro alterase la calma de su semblante. «¡Salve!» le dijo el Angel, empleando la santa salutacion que despues se dirigió á la benditísima María, segunda Eva. «¡Salve, madre del género humano! Tu fecundo seno dará al mundo más hijos que los frutos con que los árboles del Señor colman esa mesa.» La mesa era un alto y espeso césped, cercado de asientos de muelle musgo, y sobre su ancha y cuadrada superficie se extendian las producciones todas del otoño, aunque allí otoño y primavera se daban la mano. Entablaron los comensales su plática reposadamente, sin temor de que se les enfriasen los manjares; y nuestro padre empezó diciendo: «Plázcate, divino extranjero, gustar de estos regalos, que nuestro Hacedor, de quien sin tasa ni medida procede todo perfecto bien, ha mandado á la tierra que nos ceda para nuestro alimento y nuestro placer; manjares insípidos quizá para naturalezas espirituales; mas yo únicamente sé que el Padre celestial alimenta á todos.»

Á esto replicó el Angel: «Pues lo que Él (alabado sea perpétuamente) lo que Él dá al Hombre, que en parte es tambien espiritual, bien puede ser manjar agradable para los espíritus más puros; que la inteligencia de estos necesita de alimento como vuestra razon, pues una y otra llevan en si las facultades subalternas de los espíritus, como son oír, ver, oler, tocar y gustar; y el gusto depura, digiere y asimila las sustancias, convirtiendo las corpóreas en incorpóreas. Ello es indudable que todo lo creado ha menester de alimento con que sostenerse y repararse: entre los elementos, el más grosero mantiene siempre al más puro, la tierra al agua, la tierra y el agua al aire, y el aire á los etéreos fuegos, empezando por la luna, que como más vecina á la tierra, presenta en su redonda faz esas manchas, que son vapores todavia impuros que no se han transformado en sustancias; mas no por eso deja la luna de desprender de su húmedo continente alimento para otras esferas superiores. El sol, que comunica su luz á todos los astros, recibe de ellos sus acuosas exhalaciones y absorbe durante la noche el licor del Océano. Aunque los árboles de vida que tenemos en el cielo nos den frutos de ambrosia, y las vides destilen néctar, y aunque al amanecer extraigamos melífero rocío de entre las hojas, y el suelo ofrezca granos de perlas á nuestras plantas, de tal manera ha prodigado aqui Dios sus bondades en la variedad de los placeres de que gozais, que bien puede esta mansion compararse con el cielo; y asi no creas que deje de quedar mi gusto satisfecho.»



Y EL DIVINO MENSAJERO RESPUSO: «HAY, ADAN, UN SÉR OMNIPOTENTE....»

Sentáronse, pues, y fueron comiendo de las viandas, y el Angel no en la apariencia ni figuradamente, como es comun opinion de los teólogos, sino con todo el incentivo de un verdadero apetito; así que el calor digestivo transformó los manjares en su sustancia angélica, y la parte redundante salió á través de la espirital por medio de la traspiracion. Ni esto debe causar asombro, cuando por medio del carbon ardiente trueca, ó cree posible trocar, el empirico alquimista la escoria más vil en el oro más puro, cual si saliese de la mina. Desnuda Eva, hacia oficios de sirviente, y apuradas las copas, las coronaba de nuevo con licores á cual más gratos. ¡Oh inocencia digna del Paraiso! Nunca como entónces hubieran tenido disculpa los hijos de Dios en enamorarse de la hermosura; pero en aquellos corazones no cabia el amor impúdico, ni se comprendian los celos, infierno de los amantes ofendidos.

Una vez satisfecha, mas no ahita, tanto en manjares como en bebidas, la necesidad de la naturaleza, concibió de pronto Adan el deseo de no perder la ocasion con que tan importante conferencia le brindaba para saber qué más habia en el mundo superior al suyo, qué séres poblaban el cielo, cuya excelencia tanto sobre la suya se distinguia, cuyas esplendentes formas eran una emanacion de la Divinidad, y cuyo envidiable poder en tanto grado excedia al del Hombre; y con respetuosa prudencia se insinuó así:

«Veo, conciudadano de Dios, hasta dónde llega tu bondad, por el honor que nos has dispensado, dignándote de visitar nuestra humilde morada y de probar los frutos de la tierra, que no son manjar digno de los ángeles; mas los has aceptado de tal modo, que no parece puedas mostrarte más complacido al tomar parte en el celestial banquete; y sin embargo, ¡qué comparacion cabe!»

Y el divino Mensajero repuso: «Hay, Adan, un Sér Omnipotente de quien proceden todas las cosas, y en quien refluye todo aquello que no viene á estado de depravacion. Todo lo creó perfecto en su origen con variedad de formas, con diversos grados de sustancia y vida en los vivientes; pero todo se completa y espiritaliza y depura á medida que más se aproxima á Él ó á aquella esfera de accion que á cada cosa está designada, hasta que los cuerpos llegan á espiritus en la proporcion debida á cada especie. Así, de la raiz de una planta nace esbelto su verde tallo, y de éste las hojas más delicadas, y de las hojas, en fin, la flor primorosamente esmaltada, que exhala aromáticas esencias. Y así las plantas y los frutos que dan alimento al Hombre, siguiendo una escala gradual, se

transforman en espíritus vitales, ó animales ó intelectuales, que armonizados entre sí, producen la vida, el sentimiento, la imaginación y la inteligencia, de donde el alma adquiere la razón; la razón, que constituye su esencia, ya proceda discursivamente, ya por medio de la intuición. El discurso suele ser más propio de vosotros, los humanos; la intuición, de nosotros, los celestiales; diferimos en el grado de razón, mas no en cuanto á su naturaleza, que es siempre idéntica. No te admires, pues, de que yo haya aceptado los alimentos que Dios ha hecho á propósito para ti, porque, como tú en la tuya, los convierto yo en mi sustancia propia. Tiempo vendrá quizá en que los hombres lleguen á participar de la dignidad angélica, y en que gusten del manjar celestial juzgándolo adecuado á su subsistencia; en que vuestros cuerpos, así sustentados, se despojen un día de todo lo que no es espiritual, y se remonten alados á la región etérea, como nosotros, y puedan habitar libremente aquí ó en la celestial morada, si dais entonces muestras de ser obedientes y conservais entero, inalterable y fiel el amor que debéis al que os ha hecho progenie suya. Entre tanto gozad de cuantos dones os concede vuestro dichoso estado; que por ahora en vano aspiraríais á más.»

«¡Cuán bien, generoso espíritu y benigno huésped, repuso el patriarca de la raza humana, cuán bien nos has trazado el camino que puede conducirnos á nuestra enseñanza, y la escala de la naturaleza que recorre desde el centro á la circunferencia, y cómo la contemplación de las cosas creadas basta para elevarnos de una en otra hasta la majestad de su Creador! Pero dime: ¿qué has querido dar á entender con lo de *si dais muestras de ser obedientes*? ¿Es posible que no lo seamos, que nos olvidemos del amor á Aquel que nos ha sacado del polvo, establecidonos aquí y colmádonos de cuantos bienes puede concebir ó apetecer el anhelo humano?»

Y el Ángel le replicó: «Hijo del Cielo y de la Tierra, escucha. Á Dios eres deudor de toda tu felicidad, pero el proseguir disfrutando de ella, de ti depende, es decir, de tu obediencia, en la cual debes mantenerte fiel, porque es la prenda de tu ventura: ténlo presente. Dios te ha hecho perfecto, pero no inmutable; te ha hecho bueno, pero te deja árbitro de perseverar ó no en esta bondad; te ha dotado de un albedrío libre por su naturaleza, no sujeto al misterioso hado ni á la inflexible necesidad. Por eso el homenaje que exige es voluntario, y no forzoso, pues de ser arrancado por la fuerza, ni lo aceptaría, ni sería homenaje. ¿Cómo un corazón esclavizado ha de mostrar que se somete voluntariamente á su

servidumbre, si cohibido por el destino, carece de toda elección posible? Nosotros también, y cuantas angélicas legiones asisten al trono de Dios, ciframos nuestro estado de bienaventuranza, como vosotros el vuestro, en la obediencia; que no tenemos otra seguridad. Librementeservimos, porque librementes amamos; de nuestra voluntad depende el amar ó nó, y en ella por consiguiente estriba nuestra elevación ó nuestra ruina. Por incurrir en la desobediencia, cayeron algunos desde los cielos al profundo abismo. ¡Oh! ¡y qué caída! ¡En qué miserable extremo, y desde qué gloria tan sublime!»

Á lo cual respondió nuestro primer padre: «Con la mayor atención he escuchado tus palabras, divino maestro, y me han deleitado más que los armónicos acentos de los vecinos montes cuando repiten por la noche los cantos de los querubines. Ni se me oculta que hemos sido creados libres tanto para querer como para obrar; y no olvidaremos nunca el amor que debemos á nuestro Hacedor y la obediencia á su único mandamiento, que tan justo es en efecto, pues así me lo persuade y ha persuadido siempre mi reflexión. Pero lo que dices que ha ocurrido en el cielo me hace dudar de mi mismo, y me inspira el deseo de oír, si te dignas de referirlo, la relación completa del caso, que debe de ser muy extraño y digno de escucharse con religioso silencio. Aun tenemos día sobrado; que apenas ha llegado el Sol á la mitad de su carrera, y comenzado la otra mitad en el ancho círculo del cielo.»

Á este ruego de Adán condescendió Rafael después de una breve pausa, diciendo: «En árduo empeño me pones, padre de los hombres, árduo y triste á la vez; porque ¿cómo representar al sentido humano las invisibles hazañas de los espíritus guerreros, y cómo referir sin pena la ruina de tantos gloriosos seres, y tan perfectos mientras guardaron fidelidad? ¿Cómo, por fin, revelar los secretos de un mundo que quizá no es lícito descubrir? Mas por tu bien debe permitirse todo. Pondré al alcance de tu comprensión lo que es superior á ella, dando á lo espiritual formas corpóreas, por donde mejor se entienda; pues si la tierra es una sombra del cielo ¿qué extraño que se asemejen más de lo que es posible imaginar las cosas de acá abajo á las celestiales?»

»No existía este mundo aún, y reinaba el lóbrego Caos donde hoy giran las célicas esferas, donde la tierra se asienta ahora equilibrada sobre su centro, cuando un día (porque el tiempo, no obstante la eternidad, aplicado al movimiento mide cuanto es capaz de duración por medio de lo presente, lo pasado y lo futuro),